

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 381

Barcelona, 17 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Franco
y sus cómplices de crimen,

con sus marroquíes, alemanes, libios, italianos, somalíes, portugueses, apaches del Tercio, presidarios liberados, caníbales del Ogaden, etc. etc., serán arrojados de España.

El libro del general Duval, o la obra de un técnico que olvida la técnica

El general francés Duval es reaccionario y fascistoide. Está en su derecho, salvo lo que le oblique la lealtad al régimen de su país. No tenemos por qué mezclarnos, como críticos, en sus actos públicos de ciudadano. Y en su vida privada mucho menos. Allá él con su conciencia. Si cree que Hitler, Mussolini y Franco son los mejores amigos que tiene Francia, esa creencia dará la medida de su claridad intelectual y de su patriotismo. Y que sus connacionales fallen.

Pero nosotros somos españoles. Y el general Duval ha publicado un libro que se titula *Les leçons de la guerre d'Espagne*. Y ha conseguido que se lo prologue el ex generalísimo Weygand, de la Academia Francesa.

El general Weygand es más fascistoide que el general Duval todavía. Por eso, el prólogo que ha escrito para el libro de su colega y correligionario, está lleno de falsedades monstruosas. Y como no decimos las cosas por decir las, sino que probamos nuestras afirmaciones, vamos a reproducir algunos párrafos del aludido prólogo. Como muestra, sobrarán:

«La (lucha) que nos ocupa opone, en su origen, un gobierno establecido y un pequeño grupo de hombres decididos a librar a su país de una insostenible servidumbre. Al principio, el primero posee todos los elementos de superioridad, el Ejército y su material, la mayor parte del territorio, el oro, los puestos, casi toda la flota.» Y luego: «Después de 18 meses de guerra, la situación ha cambiado. El Gobierno nacional es dueño de más de la mitad del territorio y asegura en él una actividad y existencia normales. Tiene un Ejército y una flota. Ha sabido conquistar la libertad de los mares. Su éxito se afirma de día en día porque tiene a su cabeza un hombre, un jefe animado de ardiente patriotismo, que sabe lo que quiere.»

El general Weygand no dice una palabra de los ejércitos italianos y alemanes que han venido a España, del apoyo decisivo dado a Franco por las flotas de Hitler y de Mussolini, de los submarinos desconocidos del Mediterráneo, de los centenares de aviones, los miles de cañones y ametralladoras, los cientos de millares de fusiles, los cientos de carros de asalto y camiones blindados, de todo el inmenso material de guerra entregado a Franco por los países totalitarios centro-europeos a cambio de materias primas y de estratégicos pedazos del suelo español... Se le ha olvidado eso... Nada más que eso...

No contento con afirmar que el 17 de julio de 1936, el Gobierno legal lo tenía todo, cuando es la realidad, conocida del mundo entero, que se vió sin soldados, sin guardia civil, sin policía, sin aviación, sin armas, sin diplomacia, sin marina —falta de oficiales— y abandonado fríamente por las democracias cobardes y egoístas, inventoras de la No Intervención en sentido único, Weygand no tiene un recuerdo para la ayuda extranjera, gracias a la cual los rebeldes no fueron vencidos antes de que acabara el mes de agosto...

El prólogo del general Weygand es, como puede verse, una mala acción. ¿Qué diremos del libro del general Duval? Sólo esto: que es digno de su prólogo.

Weygand dice que Duval ha «aportado una impecable precisión al esclarecimiento de la verdad». Pues bien. La verdad de Duval es por el estilo de la de Weygand.

Comienza por cometer, en la narración de los antecedentes de la guerra, errores tan garrafales, que harían reír si no indignasen. Por ejemplo, dice (página 25) que en enero de 1932, Azaña era ministro de la Gobernación y envió a Guinea deportados a muchos anarcosindicalistas. Lo confunde con Casares Quiroga. Luego (página 27) escribe: «A ce moment (10 août 1932) se produisit un mouvement de réaction venant de droite. Le général Sanjurjo tenta à Séville un soulèvement militaire qui aboutit à un échec total. Il dut se replier sur Cordoue, puis sur Huelva, où il fut arrêté par le général San Miguel Cabanellas».

No escribe una palabra de los sucesos de Madrid y Alcalá, ni de la tentativa de Pamplona, ni de la participación, en el complot, de Barrera, Cavalcanti, Fernández Pérez, Godey y otros generales. No convenía a su tesis. Pero se equivoca de un modo asaz grotesco, describiéndonos a Sanjurjo retrocediendo de Córdoba a Huelva—jamás salió de Sevilla, y un tren militar que envió en dirección oriental, no pasó de Lora del Río—y siendo preso en Huelva por el general San Miguel Cabanellas. En España tuvimos un general San Miguel. Fué liberal, esparterista, ministro de la Guerra y autor de la letra del *Himno de Riego*. Y tenemos un general, Miguel Cabanellas, que no fué jamás santo, que ha sido dos veces traidor, que estuvo ya a punto de serlo el 10 de agosto y que ahora preside procesiones en honor de la Virgen del Pilar en Zaragoza... Sanjurjo fué preso en Huelva, no por él, sino por un simple guardia de Seguridad...

A continuación (página 34) se refiere a la represión de octubre, y dice que González Peña, uno de los principales jefes de la rebelión, apenas fué inquietado, y Azaña sólo condenado a una pena ligera. Y lo lamenta. Todos sabemos que González Peña estuvo condenado a muerte y que Azaña, que no había tomado parte alguna en el movimiento y procuró impedirlo, fué absuelto, tras larga e injusta detención, por haber sido comprobada su inocencia.

Todo el libro está plagado de errores análogos. ¿Quién informó a Duval de la parte política de la guerra española? Quien tuviera tal misión, le prestó un flaco servicio, ya que le ha obligado —suponemos la buena fe— a producirse como un embustero empedernido y como un escritor que no se preocupa de comprobar los datos e investigar los hechos que han de servirle para sustentar sus argumentos y conclusiones capitales.

¿Y qué diremos de la parte exclusivamente militar y técnica? Sencillamente, que no parece obra de un técnico. Pese a algunos alardes de objetividad e imparcialidad aparentes, Duval cuenta las cosas y deduce las consecuencias de ellas, poco más o menos como lo haría un *Tebib Arrumi*, pongamos por plumífero mercenario. Todo lo hecho por los rebeldes le causa admiración. Sus errores estratégicos enormes, que Luderorff criticara tan acerbamente, no surgen en sus apasionados y mendaces relatos. Pasa, como si pisara ascuas sobre el fracaso del ataque a lo Sauer de Madrid, sobre las batallas, ganadas por los republicanos, de Arganda y Guadalajara; ignora en absoluto la batalla de Pozoblanco, y, en cambio, dedica extensos capítulos a las conquistas de Bilbao y Santander...

Termina así:

«Antes de que llegue el agotamiento material,

(Continúa en la página siguiente)

En Asturias todavía se lucha

Un encuentro en los montes de Noreda

París, 15. — Comunican de San Juan de Luz a la Agencia España que, según informaciones de fuente segura que llegan de la zona facciosa, en Asturias no ha terminado aún la lucha. Radio Oviedo ha anunciado que ayer había habido un encuentro en los montes de Noreda, entre grupos de republicanos y fuerzas de la Guardia civil. Según Radio Oviedo, los republicanos resistieron con bombas de mano y fusiles.

Los intelectuales españoles frente al fascio

Una entrevista con Juan Ramón Jiménez

El más ilustre de los poetas videntes españoles, Juan Ramón Jiménez, hace varios meses que se encuentra entre nosotros. Su presencia ha pasado casi inadvertida para las grandes mayorías. Se explica. Juan Ramón Jiménez, siempre ha recatado su espíritu sereno al murmullo de la calle, a la inquietud pública. (Nadie lo ha podido entrevistar desde su llegada a La Habana.) No es hombre de multitudes. Es artista obsesionado por pasión del arte, desligado de todo lo que no sea la poesía que emerge del fondo del espíritu del hombre. Todo en él es armonía: el ademán, la dicción y el pensamiento. Su voz no es la nuestra. Su palabra íntima, serena, poética, no tiene el acento multitudinario, inquieto beligerante que caracteriza a nuestras filas. Sentado frente a él, observando el ritmo cadencioso de sus maneras, recogiendo su estilizado pensamiento sobre el drama doloroso de España, he palpado las diferencias. Dos hombres. Dos generaciones: la generación puramente intelectual, un tanto recogida en sí misma, pero que rescata a España del obscurantismo y la incorpora a las corrientes culturales modernas, y la generación intrépida y activa que lucha en todos los rincones del mundo por los fueros de la auténtica democracia.

No obstante, las ideas refinadísimas del lírico de «Eternidades», de este poeta universal que vive al margen de la política, se identifican y se funden en el doloroso crisol de la tragedia española, con las nobles y generosas ideas y aspiraciones de su pueblo. Porque Juan Ramón Jiménez, lo mismo que Martí, poeta y apóstol de nuestra independencia, caído en Dos Ríos luchando contra la España monárquica, militarista y clerical, Zenea, Plácido y García Lorca (víctimas de la misma España reaccionaria)... son todos cantores insignes de la belleza, la justicia y la libertad. Su idioma espiritual es el mismo. Son todos hermanos en el arte—pese a diferencias de sexo y de raza—por el abolengo de su talento y la estirpe noble de su corazón.

—¿Por qué salió usted de España?—inquirimos del ilustre poeta.

—Nosotros, mi mujer y yo, habíamos pensado, desde la primavera del pasado año, venir en el verano a América. Mi mujer tiene todos sus hermanos en los Estados Unidos y hacía veinte años que no veníamos a verlos. Yo tenía que cumplir, para el año 1936-37, un compromiso literario con el Departamento de Educación de Puerto Rico, que al comenzar la guerra era ya sumamente difícil realizarlo desde España. De modo que todo se nos unía.

Además, habíamos recogido doce niños pobres, en los primeros días de la guerra y teníamos que alimentarlos. El 24 de julio, fecha en que debíamos cobrar una suma importante de nuestras liquidaciones de libros, el editor me dijo que no podía pagarme. Yo no ocupaba puesto oficial alguno. Mi mujer tiene una pequeña renta en los Estados Unidos, que en aquellos días no podía llegarnos. A mediados de agosto llevé al Monte de Piedad los objetos de plata y algunas alhajas que poseíamos, para dejar su importe a nuestra guardería de niños. En esas condiciones decidimos salir para América.

—¿Tuvo usted muchas dificultades para salir de España?

—El 19 de agosto fui a casa de Cipriano Rivas Cherif, buen amigo nuestro, y los dos juntos fuimos a visitar al Presidente de la República, amigo mío también, y le expuse nuestros propósitos. Al día siguiente de mi entrevista con Azaña partimos de Madrid. Fuimos de Madrid a Valencia y de Valencia a Figueras, desde donde pasamos, por La Junquera, a Francia. El viaje fué tranquilo, como en época normal. Por todo el trayecto, los milicianos que encontrábamos, nos colmaron de atenciones, especialmente de Barcelona a La Junquera. En Puerto Rico, la República Dominicana y Cuba hemos recibido atenciones inolvidables, y nos encontramos en estos países todo lo satisfechos que pueden estar unos españoles enamorados de España, que han dejado en España familia, amigos, trabajo y que están destrozados de pesar por todo lo que en España está ocurriendo.

—¿Cuáles son sus relaciones con

(Continúa en la página siguiente)

el español habrá felizmente visto claro en sus asuntos y en su corazón, y el escobazo supremo será dado por la unanimidad del país.»

Sí, general Duval, sí. El escobazo supremo será dado por todos los españoles. Por todos los españoles dignos de tal nombre. Franco y sus cómplices de crimen, con sus marroquíes, alemanes, libios, italianos, somalíes, portugueses, apaches del Tercio, presidiarios liberados, eritreos, canibales del Ogaden, etc., etc., serán arrojados de España, de esta España que invaden, destruyen, roban y ensangrientan.

Y usted, señor general Duval, tendrá que escribir otro libro. Y pedir un nuevo prólogo a su dignísimo colega el general Weygand.

**Se
AUTORIZA
la reproducción de
cuanto se publica
en este
DIARIO**

Los intelectuales españoles...

(Continuación)

el Gobierno legal de la República? ¿Sabe usted que un periódico de La Habana lo ha incluido entre los simpatizadores de los rebeldes?

—Yo no he sido nunca político activo; no lo soy; pero mis simpatías han estado siempre con las personas que representan mejor, por su calidad intelectual y moral, a la República democrática española.

(Y yo, entrevistador, ante esa declaración terminante, pienso en las falsedades de la prensa reaccionaria.)

—Me interesa decir—continúa Juan Jiménez—que nunca he tenido cargos públicos remunerados, ni espero tenerlos, de la República nueva, que hoy o mañana será lo definitivo de España, por muchos éxitos aparentes y momentáneos que tenga la revolución «feudalista», y no creo necesario añadir que no espero nada tampoco del triunfo de las derechas, en las que tengo amigos a quienes respeto y quiero. Lo que poseo, lo que poseemos, nuestro trabajo literario, nuestra biblioteca y las obras de arte que hemos acumulado por gracia de artistas amigos nuestros, está en nuestro piso, en Madrid. Pero no haremos por salvar nada contra nuestra conciencia. Yo lamento profundamente muchas cosas que han ocurrido en la España republicana, cosas que en ninguna gran catástrofe natural o social es posible evitar; pero estoy siempre en el mismo sitio, y no porque hayan ocurrido tales casos de una parte, voy a pasarme a la otra, donde han ocurrido, además, las mismas o peores cosas. Siempre estaré conmigo y con la democracia, con los demócratas dignos, con el pueblo español y con mi trabajo material y espiritual. La guerra de España ha dejado de ser una guerra civil, para convertirse en una guerra de independencia. Por eso, los combatientes no deben ser clasificados, atendiendo a sus ideologías, como «rojos» o fascistas. Entiendo que, ahora, sería más correcto clasificarlos, atendiendo a su patriotismo, a su reacción frente a la invasión extranjera, como leales o desleales a España.

—Los intelectuales españoles, ¿siguen estando con el Gobierno español?

—Creo conocer bien a los intelectuales españoles (aceptemos esta vaga palabra por comodidad y rapidez), ya que he convivido con casi todos ellos durante años. Y creo también saber lo que cada intelectual hará en esta triste situación. Cada uno hará lo que ha hecho siempre: esto no tiene duda. Muchas cosas nobles y otras menos nobles nos quedan que ver a todos. Hablando en términos generales, los intelectuales españoles de prestigio y autoridad, los verdaderos intelectuales, han estado desde el principio con la República española. Casi ninguno de éstos, por no decir ninguno, ha desertado de su puesto hasta ahora. El pueblo español está luchando, con heroísmo sin precedente en la historia, contra Europa entera. La ayuda francesa y rusa, salvo unos cuantos técnicos y algunos millares de vo-

luntarios que han burlado la vigilancia de sus Gobiernos, no existe. Por otra parte, nada hay más falso que la pretensión rebelde de encarnar la espiritualidad de España. El Clero y el Ejército, columna vertebral de la insurrección, no tienen, en España, nada de espiritual. Es en el pueblo donde reside la fuente espiritual de España.

—El Gobierno de la República, ¿brinda garantía a la vida y la propiedad?

—El día anterior a nuestra salida de Madrid, me encontré en la calle de Leganitos, cuando bajaba del Monte de Piedad e iba por nuestros pasaportes, a Rafael Alberti con su mujer. Me preguntaron por nuestra situación y me ofrecieron dos milicianos para guardar nuestra casa, de posibles contingencias. Les di las gracias y les dije que no me parecía bastante importante mi casa para inutilizar dos hombres en defenderla. Un día subieron unos milicianos a nuestro piso a preguntarme si yo sabía dónde estaba el dueño de la casa, que habitaba el piso principal. Tenían orden de registrarlo y los dueños no se encontraban en la casa. Yo tampoco sabía dónde estaban; pero entre mi mujer y yo pudimos conseguir hablar por teléfono con un conocido músico amigo nuestro, que lo era también de ellos, y le dijimos lo que ocurría. Una hora después llegaron los dueños. Los milicianos, que los habían esperado en la portería, registraron entonces la casa con todo género de atenciones. Luego subieron a darme las gracias y me dijeron que no habían encontrado nada comprometedor para dichos dueños, salvo unas pequeñas insignias monárquicas, y que si yo creía que se estaban mezclando en el movimiento revolucionario. Les contesté que era evidente que ellos eran monárquicos; pero que, a mi juicio, estaban apartados de toda acción política. Quiero hacer constar que desde ningún piso de la casa en que nosotros vivimos, aun cuando tres de sus inquilinos son monárquicos, se habían hecho disparos a la calle. Mientras nosotros estuvimos en Madrid, estos señores monárquicos dueños de la casa no volvieron a ser molestados. Ni los otros dos inquilinos monárquicos tampoco. Los dos bandos han cometido atrocidades, es cierto; pero, mientras de un lado las autoridades republicanas han tratado de impedirlos por todos los medios, del otro lado las autoridades rebeldes las han alentado y hasta ordenado. Esa es la diferencia. Estando en Madrid escuché una noche por radio la más conmovedora arenga que pueda oírse: un llamamiento de «Pasionaria» dirigido a las milicias republicanas, para que respetaran la vida de los prisioneros y respondieran con calor de humanidad a las atrocidades rebeldes.

(¿Cómo contrasta eso con la actitud de Queipo de Llano, predicándole a sus moros y regulares del Tercio la guerra sin cuartel contra los llamados «rojos» y excitándolos

Nadie cree en la victoria de Franco

Los ricos se lamentan amargamente porque los billetes «nuevos» carecen de garantía

Hendaya. — Por noticias procedentes de la zona rebelde se sabe que la desolación más absoluta impera en toda Navarra, donde sólo se trabaja en la zona conocida por «la Ribera» y en los pueblos situados entre montañas a considerable distancia de Pamplona.

La depresión espiritual de los navarros aumenta incesantemente, según parece, a causa de las diferencias y choques que se producen entre las diversas tendencias reaccionarias.

Los ricos tienen verdadero pánico. Comienzan a pensar que la guerra entablada contra la República puede perderse, y, con ella, la totalidad del valor de los billetes «del Banco» emitidos por los jefes facciosos. En tal caso, se verían reducidos a la más espantosa miseria, ya que Franco ha exigido a rajatabla la entrega de los billetes legales a cambio de su moneda, que carece de toda garantía.

Desde hace varios meses se celebran funciones religiosas en demanda de la terminación de la guerra.

A partir de la caída de Teruel, el número solemne de esas funciones se han acrecentado. Los falangistas las censuran con acritud, por considerarlas opuestas al mantenimiento de la moral de guerra. Los requetés oponen a estas críticas una afirmación contundente: han dado y siguen dando su sangre en los frentes de batalla, mientras que los falangistas siguen «emboscados» para medrar, y solamente se acercan a las líneas de fuego en los períodos de tregua.

Hasta tal punto han crecido el descontento y la falta de fe en la victoria, que se han apoderado de los elementos más incondicionales de la rebelión, incluso de aquéllos que antes creían más ciegamente en el hundimiento de la República, que consideraban muy próximo.

La política agraria del Gobierno de la República y sus resultados

El auxilio a los agricultores individuales y el aumento de la producción agrícola durante la guerra

La política agraria del Gobierno de la República se ha significado no por sus promesas, sino por sus resultados en la época más calamitosa para el país; esto es, a través de una guerra terrible, que parecía había de cegar por su propia fuerza destructora todas las fuentes de la producción.

Lejos de ello, los decretos emanados del Ministerio de Agricultura han sabido fomentar la producción, encauzando debidamente las actividades del campesino. El Ministerio favoreció la labor de los nuevos propietarios de la tierra española, a los que había entregado las hectáreas expropiadas a los grandes terratenientes, y al mismo tiempo favoreció también a los agricultores que cultivaban por su propia iniciativa. Y va ayudándole los servicios directamente dependientes del Ministerio de Agricultura.

—¿En qué forma se ejercía esta ayuda?—preguntamos.

—En la siguiente. Se han entregado 4.250.000 pesetas a los agricultores sobre cosechas. Se han concedido préstamos para el pago de jornales a los agricultores arroceros por valor de 8.750.000 pesetas. Por el Crédito Agrícola se han otorgado a las Cooperativas vitivinícolas de Levante préstamos por 1.168.595 pesetas. Los abonos fosfatados enviados a los agricultores cerealistas de las provincias de Castilla y de Extremadura para la sementera de otoño de 1936, importan 4.730 toneladas. Se han importado 4.000 toneladas de patatas de Inglaterra en diciembre de 1936 para la siembra de la llamada patata temprana, destinada a exportación en febrero. En dicha fecha se importó de Inglaterra sulfato amónico para fertilizante del tubérculo, por una cantidad de 11.000 toneladas. En el primer trimestre del año 1937 para la cosecha ordinaria se importaron 4.850 tone-

a no respetar ni las mujeres ni los niños!)

—¿Ha tenido usted noticias de sus familiares en España?

—Todas mis cartas dirigidas a familiares, amigos y sirvientes que están en territorio leal, algunas incluyendo dinero, han sido recibidas, el dinero inclusive. En cambio, las que he dirigido a personas que están en territorio rebelde, no han tenido contestación.

EDDY CHIBAS

La Habana, 1937.

(Nueva España, Santiago 24 de diciembre de 1937.)

ladas y en diciembre, para la siembra temprana, 18.000 toneladas. Las alubias, guisantes y soja importados con destino a la siembra en toda la zona de regadío del litoral levantino fueron 2.250 toneladas. Con destino a los cultivos de huerta se repartieron entre los campesinos de Valencia, Cartagena, Alicante, Cullera y Gandía y a las tierras de remolacha azucarera, 47.700 toneladas de este producto, y de abonos de sulfato amónico y de nitrato amónico 2.400 toneladas.

—¿Qué otro género de asistencia se prestó a los campesinos por otros conceptos?

—Desde el 1 de enero del año 1937, el Servicio Nacional de Crédito Agrícola atendió, con normas amplias, los siguientes créditos: a los Sindicatos Agrícolas les entregó 17.749.654 pesetas; a las Cooperativas Agrícolas, 6.969.507; a los agricultores individuales, 3.435.410 pesetas.

—¿Cuáles han sido los resultados de esta legislación para la economía?

—Demostración indiscutible de que se legisló en atención y respuesta de los anhelos de los campesinos y de cara al campo, resulta de los datos de aumento de la producción que siguen:

En 1935 se sembraron 1.638.019 hectáreas de trigo. En otoño de 1936 se sembraron 1.736.956 hectáreas, lo que supone una diferencia de 98.937 hectáreas. En 1935 se sembraron 866.932 hectáreas de cebada. En otoño de 1936 se sembraron 916.434 hectáreas, o sea, un 5,75 por 100 de aumento. De aceite, durante el quinquenio 1931-1936, se cosecharon 2.042.411. La cosecha de 1936-37 ascendió a 2.520.680. La diferencia en más es, por lo tanto, de 478.229, o sea, un 23,42 por 100 más sobre la medida del quinquenio último. En lo referente a los datos más actuales, el resultado, bastante expresivo, es el siguiente:

Trigo recolectado en 1936: 989 quintales. En 1937: 13.348.745. Diferencia a favor: 1.161.756 quintales.

Cebada recolectada en 1936: 8.528.210 quintales. En 1937: 9.622.042. Diferencia a favor: 1.093.832 quintales.

Esto demuestra elocuentemente el acierto de la política agraria seguida por el Gobierno de la España leal.

Dos Españas

Para los amigos de Franco, Europa comienza en los Pirineos. Para cuantos visitan el campo gubernamental, la República es la avanzada de la civilización

«La Petite Gironde», cuya simpatía por la causa de Franco se ha reflejado en sus columnas a lo largo de la guerra en España, publica un artículo de su colaborador Jean-Pierre Gerard, en el que se advierte desaliento y despecho.

Desaliento al escribir en la siguiente forma:

«No solamente los franquistas han perdido a Teruel, sino que no han podido recuperarla, a pesar de sus desesperados esfuerzos. La batalla ha demostrado, del lado gubernamental, una disciplina en las tropas y una técnica en los jefes que modifican el estado de cosas que hasta ahora imperaba en España. Ahora se duda de que los nacionalistas puedan imponerse por las armas.»

Después, al expresarse de esta manera:

«La raza que puebla la Península Ibérica es, en efecto, diferente de las otras razas de Europa; es una raza influenciada por una especie de «africanismo». Físicamente, España es una prolongación de África. La verdadera

frontera de Europa y África no es el Estrecho de Gibraltar, sino la ruda, alta y densa cadena de los Pirineos. Por lo tanto, la raza ibérica tiene todas las cualidades y todos los defectos de los «africanos», especialmente su indisciplina, su arraigada repugnancia a la unidad, su eterno espíritu de clan y de división. La «fragmentación» es una de las características esenciales de los africanos y de los ibéricos.»

Alcanzan relieve estas líneas, cuando, quienes las escriben, son amigos de Franco, perfectos conocedores de la zona facciosa. ¿Cómo para los que simpatizaban antes con los rebeldes no va a terminar África en los Pirineos, si ven la España sometida al fascismo, cubierta de moros, sus campos colonizados por italianos y sus ciudades invadidas por alemanes que dan clases de la guerra totalitaria?

Indudablemente, si se trata de la España rebelde, Europa comienza en los Pirineos. Así lo ven los amigos de Franco, que, (Continúa en la página cuarta.)

Nuestros problemas vistos desde fuera

La evolución del anarquismo en España

La revista internacional *Esprit*, en su número de febrero, publica un interesante ensayo de M. Hambresin sobre el tema a que se refiere nuestro subtítulo y en el que, después de estudiar minuciosamente las diferentes fases de la reconstrucción y reorganización del Estado español durante la guerra, hace particular hincapié en el equilibrio y la estabilización evidentes obtenidos hasta el momento actual, gracias a la acertada gestión del gobierno Negrín.

M. Hambresin relata las vicisitudes internas de la guerra, ya conocidas por todos, desde los primeros días de lucha caótica y desesperada hasta el momento presente, en que el país, seguro de sí mismo y consciente de su voluntad, camina por sendas despejadas hacia la victoria y también hacia su definitiva y propia estructuración. El notable escritor no vacila en afirmar que los tiempos de la actividad anárquica e incontrolada acabaron en nuestro país, que pasó la época de los extremismos y que, actualmente, la unión de todos los españoles facilita y aligera la obra de los gobernantes, que tienden, con gran energía, a conseguir la organización de la democracia y la total liquidación de todos los experimentos más o menos libertarios.

«El poderoso esfuerzo del gobierno Negrín — dice M. Hambresin — en favor de los campesinos, ha reforzado considerablemente la España republicana. Antes, el Frente Popular gastaba una gran parte de su energía en dominar sus divisiones interiores; hoy, por primera vez en la Historia, el campesino español tiene su Gobierno. Se ha convertido en el partidario más entusiasta del gobierno Negrín y en el más fervoroso de los combatientes.»

«Paseaba, al mediodía, en uno de esos encantadores pueblecitos de la costa mediterránea. Una vieja, interpellándome, se puso a hablar con volubilidad. Advirtiéndome de pronto que yo era extranjero y que la entendía a medias, se acercó más a mí, empeñada en hacerme partícipe de su alegría, y, cogiéndome las dos manos, repitió varias veces la palabra que resumía toda su esperanza: ¡Teruel, Teruel!»

El ensayista estudia también la organización de nuestro Ejército popular, maravillándose de la disciplina y eficiencia obtenidas en menos de un año, así como de las ventajas materiales que disfrutaban nuestros soldados, en fuerte contraste con el pobre trato que reciben los del ejército invasor. «Su paga es muy crecida: diez pesetas diarias, frente a los veinticinco céntimos de las tropas de Franco. He podido observar que los soldados tienen buena ropa de abrigo, en asombroso contraste con los que fueron hechos prisioneros en Teruel. Casi toda la industria textil española se halla en territorio republicano.»

«Desde cualquier punto de vista que se examine la obra del gobierno Negrín — añade más lejos — se hace evidente que tiende a realizar la democracia en España. Una democracia avanzada, de tipo nuevo, es cierto; que en vez de acarrear escombrillas feudales, a manera de nuestras democracias más antiguas, contendrá elementos socialistas, como lo son esas explotaciones colectivas de Valencia. La realización de esas tendencias democráticas ha logrado concluir con las disensiones interiores que, al principio de la guerra, amenazaban dislocar el Frente Popular. La unidad del pueblo español en torno a su Gobierno ha sido

reforzada. La vuelta a la democracia y la liquidación del anarquismo han permitido que el Gobierno realizara una prodigiosa labor de organización, tanto en el terreno productivo como en el del ejército.»

En la imposibilidad de reproducir todo el ensayo de M. Hambresin, tenemos que contentarnos con hacer resaltar sus párrafos más salientes y, en especial, los que se refieren al estado actual de los diversos problemas españoles. Acerca de la cuestión religiosa, que tanto interés y tan apasionados debates suscita fuera de aquí, cuando de aquí se habla, dice lo siguiente: «La situación religiosa tiende ya a normalizarse. La libertad de cultos privada es, desde ahora, completa. En Barcelona, donde se han refugiado casi todos los sacerdotes del territorio republicano, se dicen dos mil misas todos los domingos, con el permiso de las autoridades. El Gobierno ha encargado a un sacerdote conocido por su adhesión al régimen, de conceder autorizaciones para celebrar a todos los sacerdotes que no actuaron en política antes del levantamiento. En Madrid se han concedido ya veinticinco permisos.»

La Redacción de *Esprit* hace notar que su colaborador no habla, como tantos escritores ávidos de publicar ellos también su guerra en España, por boca ajena y a la zaga de otros hipotéticos o más o menos verídicos informadores. M. Hambresin ha recorrido la España republicana y sus conclusiones son fruto de su personal experiencia. Nos complace en extremo que haya sabido captar con tan aguda exactitud la realidad española y entrever sus probables y próximos derroteros. Nuestro país no quiere ni debe ser ya una incógnita para nadie. Por eso deseamos que nos visiten a menudo viajeros tan observadores y de mirada tan sagaz como este escritor, que, en vez de limitarse a hacer lirismo de tercer orden en torno nuestro, observa y comprende, analiza y deduce.

Va siendo hora de que desaparezca la leyenda de una España caótica y tumultuosa, sin pies ni cabeza, en la que el entusiasmo se dispersa sin fruto, en donde todos mandan y nadie sabe obedecer. En el estudio que hoy comentamos se hace bien patente lo anacrónico de esta visión absurda que ningún espíritu culto y bien informado puede fomentar ni creer. España, limpia de confusionismos y de anárquicas veleidades, camina con paso firme hacia la realización de una democracia suya, típicamente española, que empieza a hallar en manos de los gobernantes actuales una arquitectura adecuada.

«Al recordar las lentitudes y las dificultades del avance de Franco — concluye Hambresin —, cuando tenía ante sí una España dividida y desorganizada, y al pensar en el extraordinario incremento de las fuerzas republicanas al asumir el poder el gobierno Negrín, se concluye con toda certeza que el fascismo ha perdido la partida en España. La guerra será larga aún. El bloqueo que las potencias democráticas imponen a España, la obligarán a resolver muchas dificultades. Quizá prolongue aún varios meses la resistencia de Franco, haciéndose responsable de mucha sangre derramada; pero la victoria final de España debe considerarse como un hecho cierto e incontrovertible.»

E. de CH.

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Los nacional-reformistas interrumpen en Tetuán una manifestación

Y gritan: «¡Abajo Franco!»

París, 15. — Informan de Tánger a la Agencia España que una gran manifestación organizada en Tetuán por el Alto Comisario fascioso Von Beigbeder, con ocasión de la visita de Nicolás Franco, ha sido interrumpida a causa de las protestas y disturbios provocados por los miembros del partido nacionalreformista, los cuales lanzaron gritos de «¡Abajo Franco!», «¡Mueron los asesinos de nuestros hermanos!» El coche que transportaba a Nicolás Franco y a otras personalidades facciosas tuvo que salir a escape.

su absurdo lirismo sobre el «Atlántico heroico».

Una de las características más exquisitas de nuestro ambiente histórico era la tolerancia religiosa: flotaba en el aire; hasta aquellos que, por principio, hubieran podido negarla, estaban imbuídos de ella. En el siglo XVII, la Iglesia de España — la misma que hoy espera sus compensaciones simoníacas del inmundo Franco — ha prohibido al Dante y a Petrarca. Pero en Roma se sonríen de ese celo; hasta los prelados del Vaticano tenían al Dante y a Petrarca en la sangre.

Hoy todavía... Pero prefiero dejar la palabra al docto sacerdote orientalista de Bélgica que, a su vuelta de Roma, estupefacto, me decía ayer:

«Benedetto Croce está en los archivos del Vaticano haciendo investigaciones; los monseñores se multiplican para ayudar al gran escritor, gloria viviente de Italia; y Croce, a la vez sorprendido y reconocido, les dice: «¿Pero sabéis que mis libros acaban de ser prohibidos?» El monseñor contesta: «Tonterías, señor Senador, tonterías hechas por algunas personas que quieren hacerse notar por esos señores», y señalaba con el gesto al Palacio de Venecia.»

Para contaminar lo que aun queda de esta atmósfera tan esencialmente italiana, el fascismo se pone a organizar el antisemitismo. El antisemitismo en un país de más de 40 millones de habitantes, en que los israelitas son apenas 50.000, y todos están perfectamente asimilados a nuestra vida desde hace siglos. ¿Servilismo a Hitler? ¿Necesidad de *mises en scène* siempre nuevas para aturdir a los italianos? ¿O bien estratagemas para ofrecer a la pandilla alguna nueva cátedra o un nuevo Consejo de administración?

En todos los dominios — como si fuera una ley fatal — el fascismo actúa en sentido opuesto a las más altas tradiciones de nuestro pueblo, hasta en los fastos y en los acontecimientos político-militares que pareciera poder adoptar.

Un ejemplo: si se considera la guerra de la Entente de 1914 a 1918, las dos victorias más salientes son: una, francesa, la del Marne; la otra, italiana, exclusivamente italiana, la del Piave. Se puede incluso añadir que la victoria italiana fué la primera de las grandes victorias decisivas en el último año de la guerra. Si, como alguien reclamaba desde el frente de Macedonia y como el heroico Bissolati pedía en vano en Italia al Gobierno, nuestra ofensiva hu-

biera sido reanudada, aprovechando la disolución interior cada vez más acentuada de la Monarquía austro-húngara, la guerra mundial hubiera terminado antes, con un prestigio incomparable para Italia, la cual, el día de la paz, hubiera tenido ante sí otras perspectivas que las querellas por la Dalmacia. Pues bien; la retórica fascista no se acuerda nunca del Piave, gloria pura y verdadera de la Italia libre; el fascismo no declara sino en torno a Vittorio Veneto, en donde las dos primeras jornadas de luchas épicas y la acción desordenada del general Caviglia fueron identificadas con la persecución de un ejército en derrota, permitiendo así a los extranjeros mal pensados negar hasta lo que hubo de verdaderamente heroico durante las dos primeras jornadas.

Aun más: con todo el dinero que gasta en una propaganda pseudo-nacional, con la intimidad creciente de las dos dictaduras, ese fascismo no ha tratado jamás de extirpar de las duras cabezas alemanas la vieja y estúpida leyenda de la Italia que «traicionó» a sus aliados en 1914, mientras que la verdad dice que fueron precisamente Viena y Berlín los que traicionaron a Italia, violando el artículo séptimo de la «Triplice», el cual les obligaba a no descargar el golpe sobre Serbia sin el consentimiento italiano. Nada, absolutamente nada se ha hecho en este sentido en la Alemania «amiga». De esta suerte, en el primer choque local que ocurra, los millares de campesinos italianos que se han enviado a Alemania para realizar un trabajo obligatorio, como esclavos del Congo, serán considerados como hijos de traidores.

Se puede y se debe perdonar todo a los fascistas extraviados por las ilusiones; ¿no son, en su mayor parte, hermanos nuestros inconscientes y engañados, víctimas siempre de nuestros más tristes períodos del lejano pasado? Lo que será más difícil de olvidar será la larga acción de propaganda fascista, la cual, consciente o inconscientemente, no ha trabajado más que a este ritmo: «Cuanto más bajo echemos la historia de este pueblo, al que hemos tratado con el bastón de nudos y el aceite de ricino, más nos justificaremos y más alto colocaremos al fascismo.»

CARLOS SFORZA
Ex ministro de Negocios
Extranjeros de Italia. Ex
Embajador de Italia en
París.

(La Giovine Italia, 5-11-1938.)

EL MAYOR CRIMEN

La célebre frase de Vittorio Alfieri: «En ninguna parte crece la planta «hombre» con tanto vigor como en Italia», ¿es una exageración patriótica? Sí y no. Lo cierto es que en ningún país son tan profundos los contrastes como entre los italianos. Desde ahora, los italianos que han permanecido fieles tanto al culto de la libertad y de la justicia social como al amor a la patria, y ven la gran riada dolorosa de hermanos suyos, a quien el fascismo, desde hace años, viene condenando al exilio, pueden decirse con amargo orgullo:

«Después de todo, en la multitud antifascista italiana residente en el extranjero, los traidores, los bribones y los cobardes han sido una excepción muy pequeña. El antifascismo italiano no ha tenido más que

una milésima parte de las crisis y de las violencias que han turbado a las otras emigraciones políticas. Llegará un día en que el antifascismo italiano será juzgado, en conjunto, como una página de honor en la historia de nuestra patria.

Esto proviene de nuestro pasado trágico, durante el cual — más que en Francia o en Inglaterra — se desarrolló la tradición de aceptar el destierro antes que cambiar de opinión; el destierro que agría a los ambiciosos, pero que purifica a los que lo sufren por obedecer a su conciencia.

En contra de lo que cree el rebaño de semianalfabetos de Europa, nada hay más contrario al mejor tipo italiano que la exageración y la retórica. De niño, fui educado en Italia entre ancianos que, en su ju-

ventud, lo habían sacrificado todo a la causa del Risorgimento. Pues bien, rara vez pronunciaban la palabra «patria» — tan grande era su pudor para las ideas más sagradas —: decían simplemente «el país».

El fascismo es la antítesis de las mejores tradiciones italianas, sobre todo en la explotación teatral de los sentimientos más puros. Como las personas que toman estupefactos, no conoce límites y llega hasta causar daño a sus propias empresas, como ha ocurrido con el reciente vuelo de Dákar a Río de Janeiro: era ésta una hazaña honrosa que todo italiano podía ver con alegría; pero he ahí que el ex poeta pagado con los fondos secretos del régimen, consiguiera hacer reír al mundo entero con

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

16 DE FEBRERO

Hace dos años, en tal día como hoy, las izquierdas españolas unidas en coalición, que adoptó el nombre de Frente Popular, ganaron el derecho al ejercicio del poder, por el medio civil, incruento, de unas elecciones. El Frente Popular derrotó limpiamente—las elecciones se hicieron bajo el signo de un Gobierno adverso— a las derechas españolas agrupadas también. Meses más tarde, cuando el Frente Popular usaba tímidamente, parsimoniosamente, contemporizadamente, del poder que el pueblo le había entregado con sus votos, las derechas derrotadas recurrieron a las armas para ganar con ellas lo que en la estimación del país habían perdido y desencadenaron la guerra que desde entonces destroza a nuestra España.

Y hoy, a los dos años, el Frente Popular representado con perfecta exactitud en el Gobierno de la República, sigue en plena vigencia, llevando sobre sí el peso de la defensa de la independencia de España, puesta en peligro por las derechas sublevadas y traidoras.

Extraño, heroico y terrible destino de una coalición política nacida con fines electorales y de gobierno restringidos que normalmente hubiera cumplido su ciclo histórico, acaso sin pena ni gloria, unos cuantos meses después. Al menos así se veía entonces; así, quizá, lo pensaban los mismos hombres que habían tenido parte principal en la creación del Frente Popular. Sin embargo, desde la cima donde nos encontramos ahora, se ve la profunda veracidad esencial que había en el pacto de las izquierdas españolas. Se ve que no había en él nada de fortuito, ni de falso; se ve que no era una unión fraguada porque sí; se ve que no era una suma circunstancial de fuerzas dispares. Era algo más hondo, algo que tenía sus raíces en las propias entrañas de nuestra patria. Pudo ocurrir, en efecto, que el Frente Popular, si sus adversarios lo reciben y lo tratan como la razón, el derecho y el patriotismo les exigían, se hubiera disgregado al poco tiempo por esas pequeñas discrepancias y esas incompatibilidades de humor que encuentran caldos de cultivo favorable en los climas pacíficos. Pero el hecho de que el Frente Popular, tal como era el 16 de febrero de 1936, tal como era el 18 de julio de ese mismo año, haya sabido convertirse en la expresión más real y vigorosa de la nación española y con arreglo a ella

haya sabido soportar y conducir una guerra tan monstruosa y desproporcionada como la que nos hacen el fascismo nacional y los fascismos extranjeros, sin perder sus características nativas, prueba que el Frente Popular, coalición política que pudo, repetimos, muy bien frustrarse, respondía a una realidad nacional.

De otra manera, es imposible imaginarse su supervivencia y su adaptación a las extraordinarias necesidades surgidas de la lucha. Si hubiese sido un simple conglomerado político, el mazazo de la sublevación lo hubiera hecho saltar en pedazos como un «puzzle». Pero como había en él un imperativo orgánico, vital, el golpe produjo efectos contrarios. Hizo que el conglomerado se apretara más, se fundiera más en sí mismo hasta que las fisuras apenas fueron visibles.

La guerra se hace a favor o en contra del Frente Popular, o, lo que es lo mismo — lo que ha llegado a ser lo mismo por un fenómeno de consubstanciación que el enemigo, con sus múltiples traiciones ha favorecido, pero que no hubiera podido producirse sin base—: la guerra se hace a favor de España o en contra de España.

Dos años ha el Frente Popular nos trajo una victoria civil, por medio de los comicios electorales. Nadie pensaba que las luminarias reales o metafóricas que se encendieron aquella noche del 16 de febrero en todos los pueblos de España, tendrían, poco después, encendidas por nuestros enemigos, réplicas sangrientas y ninguna de ellas metafórica, sino todas de una realidad espeluznante. Como había aceptado la lucha civil y pacífica, el Frente Popular aceptó la lucha armada que contra su voluntad y contra todo derecho le planteaban. El balance de los prodigios realizados en estos diecinueve meses — mañana se cumplen — nos llevaría demasiado lejos, y está, además, tan dentro de todos nosotros que al lector le basta, sin duda, con esta sencilla alusión. En el balance de lo logrado está nuestra seguridad absoluta de que pronto, muy pronto, volverán a encenderse luminarias triunfales en todos los pueblos de España, como en aquella noche de hace dos años; pero éstas arderán largamente y por mucho que duren no encontrarán réplica posible.

(«La Vanguardia», 16-II-38.)

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

XX

(Continuación.)

ideal de fusión de las Falanges Tradicionalistas de las J. O. N. S. que alimenta el caudillo Franco. Por un quítame allá esas pajas, porque los chicos salen de la escuela, o porque entran, por la cosa más nimia, el pintoresco domine iza solemnemente y con redoble de tambores una bandera monárquica, que tiene en la puerta de la escuela, forma a los chicos en medio de la calle y obliga a todos los transeúntes a que se detengan, se cuadren militarmente y permanezcan haciendo el saludo fascista, mientras él preside la ridícula ceremonia, digna de un eserpento de Valle Inclán, con su panza grotesca, bamboleándose bajo el uniforme de falangista. Escenas como ésta, se repiten a cada hora y a cada paso.

No hay momento en el que el ciudadano pueda verse libre de las coacciones de esos centenares de cretinos, que así creen cooperar al sostenimiento del régimen. El agobio es constante. El nuevo Estado no sólo es dueño y señor de la vida pública de sus súbditos, sino también de su vida privada. Hasta en las alcobas penetran olisqueando las narices de los falangistas.

Las mujeres, por el arcaduz de los curas y el confesorio, viven sometidas a un estrecho control del nuevo Estado, que vigila celosamente sus inclinaciones sentimentales e incluso sus gustos y caprichos indumenta-

rios. Las modas se imponen por el Estado mismo, porque, ¡cuidado!, hay modas antipatrióticas y modas «judaico-masónicas». Los periódicos fascistas están llenos de advertencias y amenazas contra la adopción de estas modas subversivas. Moda «judaico-masónica», por ejemplo, es la de las medias de seda transparentes, y así la calificó taxativamente el señor Obispo de Tuy. El que las mujeres vayan sencillamente sin medias, es ya un delito tan grave que no puede ser más que marxismo puro. La mujer que se atreviese a hacer tal cosa, ya sabe que daría con sus huesos en la cárcel, por revolucionaria.

Las disposiciones sobre los trajes de baño en las playas son draconianas. En cada playa la Guardia civil, con sus máusers, y los falangistas, con sus pistolas, velan celosamente por la honestidad de las costumbres en el nuevo Estado. A veces, las olas devuelven a la playa el cadáver de un infeliz asesinado durante la noche por esos mismos celosos defensores del orden y de la civilización occidental amenazada; pero el hecho, por frecuente, no escandaliza más de lo que escandalizaría la aparición de una bañista sin albornoz.

Las señoritas de la buena sociedad viguesa se han agrupado bajo las banderas del carlismo, y son casi todas ellas «margaritas», no porque tengan la mínima preocupación legitimista, sino porque es más «chico». Los

falangistas han organizado también secciones femeninas de Falange, pero admiten gente poco distinguida. Ultimamente, en una de estas secciones femeninas hubo incluso un pequeño escándalo de carácter local, porque se cometió un desfalco. Entre los falangistas hay mucha gente «impresentable», lo mismo en hombres que en mujeres, según dicen las familias distinguidas de Vigo.

Muchas de estas señoritas hacen de enfermeras en los hospitales militares; pero se han dado ya varios casos bochornosos de inmoralidad, y las mamás, desconfiadas tanto de la honestidad de sus retoños como de la corrección de los salvadores de España, han formado un pintoresco cuerpo de «señoras de compañía», encargadas de hacer guardias en los hospitales, por la sencilla razón de que «no se puede dejar a las chicas solas».

Esta vigilancia no ha sido obstáculo para que una belleza local, Emilita Docet, que fué elegida «Miss España» hace dos o tres años, fuese víctima de un asalto violento cuando estaba haciendo guardia como enfermera en el hospital militar de El Rebullón, asalto del que, si bien salió intacta su honestidad, no escapó sin unos harañazos y unas contusiones que fueron el escándalo de toda la ciudad.

La moralidad de las costumbres es exteriormente absoluta. Esta hipocresía, llevada a extremos inverosímiles, no es obstáculo

(Continuará.)

Solidaridad internacional

El vecindario de Niza expresa su simpatía por la República Española

Para conmemorar la victoria francesa contra el fascismo el 14 de febrero de 1934, se ha verificado en Niza una manifestación popular grandiosa. Asistieron a ella 15.000 personas, que en todo momento hicieron patente su fervor antifascista. Al final de la manifestación fueron aprobadas, entre grandes aclamaciones del gentío, diversas demandas que el pueblo de Niza formula al poder público francés. Entre ellas figuró el acuerdo de solicitar del Gobierno de Francia la apertura de la frontera francoespañola, con objeto de que la República pueda proveerse de cuantos medios le sean precisos para dominar la insurrección franquista. En el acto se vitoreó de continuo a la República española y a su glorioso Ejército popular.

Dos Españas

(Continuación)

gozando de la simpatía del traidor, le echan en cara aquellas palabras. Pero mientras esta consideración ofrece al exterior el bando insurrecto, la República, el territorio español regido por el Gobierno legal, supone para el mun-

do la avanzada de la civilización y nuestros frentes de lucha, los frentes de la Libertad.

En verdad, la lógica es evidente. Si el Riff se ha extendido a la zona rebelde y si en el campo gubernamental se halla el frente de la civilización, nuestra guerra es la lucha de la Libertad contra la barbarie.

Héroes no combatientes

Cuando, terminada la guerra, llegue el momento de hacer su historia, es indudable que a los sanitarios les corresponderá un digno capítulo. En nuestros recorridos por los frentes de combate hemos tenido ocasión de comprobar que los sanitarios cumplían con su humanitario deber, sin rehuir al sacrificio. Algunos dejaban la vida al salir de las trincheras para salvar la del combatiente que había quedado herido entre las dos líneas.

En una de nuestras ofensivas en los sectores del Centro los sanitarios salvaron muchas vidas. Marchaban los camilleros tras los soldados de las fuerzas de choque. No podían llenarse de coraje disparando el fusil o lanzando la bomba de mano. Su papel bélico era pasivo. Ellos, héroes a su vez, no tenían la obligación de recoger a los heridos y retirar los cuerpos sin vida del campo que se abría en surtidores de metralla. Y efectuaron su misión con admirable heroísmo.

También en la ofensiva sobre Teruel se puso a prueba nuestra organización sanitaria y el valor de los sanitarios. En las crónicas que los corresponsales extranjeros telefoneaban a sus periódicos o a sus agencias, con el elogio a los duros y valerosos soldados de España, constaba la admiración hacia los médicos y los sanitarios que curaban y trasladaban a los hospitales de sangre a los heridos, inmediatamente de caer en la lucha.

Estos son los sanitarios del frente. Pero también están los de la retaguardia. En Madrid se conoce el valor de estos hombres. En días de intenso bombardeo, cuando los obuses zumbaban por encima de las casas y hay explosiones enormes con la estela de los derrumbamientos, tintinea por las calles la campanilla de las ambulancias. Imponen respeto los hombres que van en los coches blancos marcados con la cruz roja. Marchan raudos los automóviles por las calles vacías. Aquí y allá se levantan nubes de tierra mezcladas con rojos resplandores. Las ambulancias no se detienen sino para recoger las víctimas. Luego vuelven rápidos hacia los hospitales. Ellos han marchado por un camino de muerte, pero han ahorrado a las mujeres, a los niños y a los hombres heridos minutos de intenso sufrimiento.

Esta misma conducta la hemos visto reflejada en los sanitarios de Valencia durante los bombardeos. Y la hemos visto repetirse en Barcelona. Son observaciones personales las que exponemos. En el último terrible bombardeo sobre Barcelona, cuando los aviones italianos, desde más de cinco mil metros de altura, lanzaban a voleo las bombas de centenares de kilos sobre el casco de la población, ya corrían en busca de heridos las ambulancias.

Sanitarios militares y sanitarios civiles. Españoles que están en todo momento allí, donde se encuentra el mayor peligro. Obreros de la civilización. Entre tantos méritos como la República española tiene para sentirse orgullosa, está el que le proporcionan los sanitarios. En ocasiones han expuesto también la vida para salvar a soldados del ejército fascista que habían quedado en el campo de lucha después de un combate. El odio que sus pechos pudieran abrigar contra aquellos que por malicia o cobardía se pusieron al lado de los invasores de España, se tornó en cuidados al verlos heridos. A los mismos invasores, como sucedió en Brihuega, los trasladaron a los puestos de socorro con solicitud y todos los miramientos.

En Madrid, la noche de un bombardeo que duró más de dos horas, nos encontrábamos en un hospital, al que iban llegando heridos. Se detuvo en la puerta una ambulancia. Los sanitarios se apresuraban a sacar las camillas con los heridos. Eran mujeres. No había ni un hombre ni un niño entre aquellos heridos. Los sanitarios estaban manchados de sangre. La expresión de los rostros era crispada y febril. Uno de ellos llevaba una manga empapada completamente. Estaba herido en un brazo de metralla. No se dio cuenta hasta que llegó al hospital y sufrió un desfallecimiento.

Era un muchacho joven. Casi imberbe. Cuando acudieron a recogerlo y recobró el ánimo, sonrió como disculpándose y dijo: —Me encuentro bien. No ha sido nada.

Este DIARIO se reparte gratuitamente